

A QUIÉN SIRVE INTERNET⁽¹⁾

©Artemio Baigorri

Charla en el **Curso de Educación en Valores** organizado por la Escuela de Verano de Extremadura, Mérida, Noviembre 1998

Se me pide que responda a un enigma que, hoy por hoy, creo que es todavía irresoluble. En realidad, supongo que en el fondo quien me hace esa pregunta, o me plantea ese enigma, sabe que no lo puedo resolver. Nadie puede, con las herramientas actuales de pensamiento, con los paradigmas que utilizamos en las Ciencias Sociales para conocer la realidad social. No nos sirven los esquemas que hemos utilizado, y utilizamos, para respondernos a grandes preguntas ya tradicionales: a quién los medios de comunicación, a quién sirve la energía nuclear, a quién sirve la guerra, a quién sirve el hambre... De forma que, me temo, voy a proponer más preguntas, nuevas preguntas, que respuestas. Lo haré a partir de la consideración de algunos de los aspectos que caracterizan a Internet.

Ni siquiera la gran pregunta que ha inquietado a los sociólogos durante más de un siglo, ¿a quién sirve la tecnología?, puede ayudarnos, porque Internet no es tecnología en sí mismo, sino un efecto de la tecnología. Del mismo modo que las ciudades modernas no son en sí mismas tecnologías, aunque las consideramos 'artefactos', pero son efecto de las nuevas tecnologías. Como las ciudades, cuya territorialidad suplanta constituyéndose en ciudad virtual universal (casi como la Ciudad de Dios que imaginó San Agustín), Internet no es en sí tecnología, sino que es un medio ambiente, un nuevo medio ambiente en el que se desenvuelve la vida de un número creciente de seres humanos. O, más exactamente, un aditamento que amplía y expande el medio ambiente, el entorno vital. Escribía McLuhan en 1968 que todos los artefactos técnicos constituyen sendas prolongaciones del cuerpo humano; así, tal y como la palanca es una prolongación del brazo, y la rueda lo es del pie, el ordenador es ya no sólo una prolongación de un órgano de nuestro cuerpo, sino que lo es nada menos que de nuestro sistema nervioso central, lo que supone una transformación sin precedentes⁽²⁾. Bien, por Internet supone un paso más allá, porque permite la interconexión simultánea, en tiempo real, de decenas de millones de sistemas nerviosos. La capacidad incremental de pensamiento, una forma de pensamiento global hasta ahora imposible, abre puertas impresionantes.

Es decir, y adelanto con ello una posible respuesta -entre otras posibles respuestas-, ese nuevo medio ambiente servirá a los individuos y grupos sociales que sean capaces de apropiarse del mismo. Y, en este sentido, podrá darse un consumo democrático o segregacionista de ese espacio. Ivan Illich propuso hace casi tres décadas el concepto de 'convivencialidad', según el cual una *sociedad convivencial* sería aquella "*sociedad en la que las herramientas modernas están al servicio de la persona integrada en la colectividad, y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que el hombre controla la herramienta*"⁽³⁾. Hoy por hoy creo que, precisamente en ese

punto, Internet puede contribuir a la construcción de una sociedad planetaria convivencial.

Esto nos conecta con una cuestión que ahora constituye uno de los puntos focales en el debate sobre la red: lo que podríamos llamar la democracia digital. Es importante, porque en la medida en que Internet esté contribuyendo, o no, a expandir la democracia, podremos decir que está al servicio de la sociedad convivencial, y no al servicio de una oligarquía. Y la primera cuestión que se plantean es la de si es posible controlar Internet. Las grandes organizaciones que estudian el propio desarrollo de Internet⁽⁴⁾ han llegado a la conclusión de que, hoy por hoy, Internet es incontrolable. Los propios juristas, que están a la que salta buscando meter las narices en cualquier asomo de ciudadanía libre que se genera, para amordazarlo, lo han intentado en los Estados Unidos pero no lo han logrado sino a unos niveles meramente simbólicos. Mientras no exista un gobierno mundial no puede haber leyes que afecten a los internautas, puesto que su actividad es supranacional. Ahora mismo estamos impresionados por la forma tan limpia con la que una revuelta estudiantil ha derrocado al dictador en Malasia; bien, parte de esa revuelta estaba animada y alimentada a través de Internet, pero desde Australia, donde un periodista malasio mantiene una página de información y análisis crítico⁽⁵⁾ que tiene casi un millar de suscriptores fijos, casi todos de Malasia, pero es visitada además por otros muchos miles de cibernautas de ese país.

Un investigador de la Rand Corporation elaboró en 1995 un curioso ensayo de investigación en el que correlacionaba los progresos democráticos y el progreso en la red de interconexión telemática⁽⁶⁾. No se trata de una elucubración, sino de un profundo análisis empírico, basado en el análisis de numerosas variables.

Es decir, hoy por hoy, y a pesar de las profecías con las que durante años nos hemos alimentado, basadas en las vibrante imágenes del Gran Hermano de Georges Orwell, y en todas las teorías de la conspiración habidas y por haber, parece que Internet está contribuyendo al desarrollo democrático en el mundo. Naturalmente la mayor parte de estas propuestas nos llegan de los Estados Unidos, desde donde se piensa que Internet está permitiendo el desarrollo de nuevas instituciones que permiten intervenir y tomar el protagonismo *"en esa parte de la democracia que ocurre entre cada periodo electoral"*⁽⁷⁾. Pero también nuestra Comisión Europea, a la hora de elaborar su libro blanco sobre la vida y el trabajo en la Sociedad de la Información, propone que es posible que, en esa sociedad, el pueblo sea el protagonista⁽⁸⁾. Sin embargo, va a ser difícil, sobre todo en el pensamiento progresista, liberar los prejuicios, con lo que sin duda se va a perder un tiempo precioso en la reorganización mundial de un proyecto político que de respuesta desde principios de libertad y equidad a la globalización. Yo no diría ni mucho menos, como afirma Manuel Castells intentado una boutade a la francesa, que *"la izquierda tiene una actitud retrógrada respecto a las tecnologías de la información"*⁽⁹⁾, pues ahora mismo creo que las mentes más lucidas de este planeta que sean capaces de dominar, por edad, los rudimentos informáticos, están introducidos o introduciéndose en la red; pero sí es cierto que existe una actitud algo pazguata hacia dichas tecnologías entre los aparatos políticos progresistas.

Por ejemplo, se insiste repetidamente en el origen militar de Internet, como si eso fuese una lacra de alguna especie. Efectivamente, las primeras redes descentralizadas de telecomunicación en tiempo real surgen de las necesidades militares norteamericanas. Sin

embargo, ubicar ahí el origen de Internet es en cierto modo una falacia. El auténtico desarrollo de Internet se produce cuando se abre a las Universidades norteamericanas y las más avanzadas tecnológicamente desarrollan instrumentos cada vez más potentes de interconectividad. A partir de ahí, de esa proyección, según la imagen de McLuhan, de las terminaciones nerviosas de los núcleos productores de Ciencia, surge la Internet que conocemos.

Quisiera plantear no obstante, en este punto, otra cuestión que me parece interesante tener en cuenta en nuestra reflexión. Paradójicamente, el mercado garantiza la libertad en Internet, al menos hoy por hoy. Sin los denominados *buscadores*, no podemos hacer nada en la red. Podemos encender el ordenador, conectarnos por modem a un servidor, ¿y luego qué?. Navegamos gracias a que existen puertas de embarque, desde donde iniciar nuestro recorrido. Esas puertas de embarque no son propiamente los servidores que nos conectan a la red, sino los *buscadores*. Un buscador no es sino una página Web como otra cualquiera, en la que alguien organiza toda la información que descubre en la red, así como toda la que le es comunicada por quien tiene algo que decir. Aceleradamente se desarrollan programas que automáticamente recorren los millones de *lugares* (*sites*) existentes en la red, *apuntan* sus títulos y las palabras claves que los definen, y los acumulan en los bancos de datos de los buscadores. Pero en principio un *buscador* puede construirse recorriendo pacientemente -a mano- la red, y apuntando todo lo que veamos; eso sería un buscador artesano. Quiero decir que es muy poca la infraestructura necesaria para ello, de forma que es también muy fácil financiarlo, con apenas unos pocos ingresos por publicidad. Pero sin esa publicidad hoy por hoy no serían viables los buscadores. A la vez, para que sean masivamente visitados como punto de partida en la navegación, y conseguir así más publicidad, deben incorporar la máxima variedad posible de temas; deben poder satisfacer cualquier instinto de búsqueda, sano o insano, civilizado o incivilizado. Eso es lo que facilita que los lugares detestables de la red sean ampliamente visitados (a veces por mera curiosidad morbosa), pero es lo que facilita a la vez que los lugares más críticos y radicales puedan también **ser encontrados**; pues la clave para poder decir algo a la ciudadanía universal a través de Internet es **poder ser encontrado**. A veces he leído o escuchado críticas sobre la censura latente, según la cual muchos de esos lugares radicales no se encontrarían en los buscadores; pero es que resulta que la mayor parte de las veces en que eso ocurre se debe el hecho estúpido de que quien ha construido esa impresionante página de humanistas mensajes, o revolucionarias consignas, se ha **olvidado** (porque no lo sabía) de comunicar su creación a los buscadores. Es decir, paradójicamente, la vinculación de la rentabilidad de los buscadores a la publicidad vincula el desarrollo libre de la red al instrumento de manipulación más pernicioso de la sociedad capitalista. Una más de las innumerables paradojas que nos sugiere la nueva sociedad, sobre la que más adelante volveremos.

Naturalmente, la pregunta en torno a la cual estamos reflexionando era muy clara. Por ello he evitado adentrarme en otras muchas cuestiones que plantea Internet, pues como todas las transformaciones sociales basadas en nuevas tecnologías, también se producen efectos secundarios perversos. La globalización de la pedofilia ha sido sin duda, siendo que estamos hablando entre maestros encargados de la educación y a veces el cuidado de los niños, uno de los efectos secundarios de Internet que más ampliamente han sido difundidos y discutidos por la opinión pública. Pero hay muchos otros: al igual que las organizaciones democráticas, también las organizaciones terroristas, las sectas, las organizaciones fascistas, encuentran en Internet un instrumento de difusión y manipula-

ción de las conciencias, y un aliento para su expansión. La interacción y comunicación entre las organizaciones del crimen organizado encuentra en Internet un instrumento prácticamente incontrolable. Ahora bien, eso mismo ha ocurrido durante quinientos años con el papel impreso, y hemos conseguido pese todo avanzar un poquito hacia mejor en la capaz de auto-organizarnos y respetarnos mutuamente. Creo, y con eso termino por mi parte, que Internet, cuya conformación definitiva no será en modo alguno la que ahora conocemos, nos ha de permitir llegar un poquito más allá, y ha de permitir ampliar un poco más el grupo de pueblos que pueden incorporarse a ese poquito más allá.

Me permito volver a retomar las agudas observaciones que hizo McLuhan hace treinta años, cuando la Sociedad de la Información ni siquiera tenía nombre. Reflexionando sobre el impacto cultural de las nuevas tecnologías, afirma que "*En el siglo XVIII América era un país sumamente atrasado, lo que le proporcionaba una gran ventaja sobre Europa e Inglaterra. América pudo comenzar con todos los últimos desarrollos europeos sin tener que molestarse en metamorfosear y adaptar las antiguas instituciones*"⁽¹⁰⁾. En este sentido, más de una de las sociedades del planeta que hoy consideramos subdesarrolladas dará el salto hasta situarse en los estadios medios de la Sociedad de la Información gracias a Internet. En realidad, es una idea implícita en la propuesta que yo vengo haciendo desde hace más de diez años en Extremadura, de *saltar* desde la Sociedad Agraria a la Sociedad Postindustrial de la Información directamente, sin empeñarnos en quemar etapas industrialistas ya agotadas, y que por fin parece plenamente asumida por algunos líderes regionales. Pues, no nos engañemos tampoco excesivamente, son sociedades como la Extremeña, que aunque están en situación de atraso económico, social y cultural, cuentan con una infraestructura tecnológica básica de partida, las que pueden obtener los mayores beneficios de Internet. Como ocurre, a nivel planetario, con México, Sudáfrica, Kenya, Malasya y algunos otros países. Olu Oguibe, un curioso artista africano que es a la vez uno de los gurús intelectuales de los forofos del ciberespacio, habla de *la persistencia de la realidad*, en el sentido de que a menudo las teorías sobre el espacio, la cibercultura, la cibersociedad, ocultan que en ese espacio participa sólo una pequeña parte de la población del planeta⁽¹¹⁾. Efectivamente, si tenemos en cuenta que sólo la isla de Manhattan (una pequeña parte de la metrópolis neoyorquina) tiene más teléfonos que toda África, que una ciudad como Badajoz tiene más teléfonos que algunos países africanos, y que además esos teléfonos de África están en manos o del Estado o de los detentadores del poder económico, como apunta en un reciente debate sobre la red un sociólogo cibernauta de Jerez de la Frontera⁽¹²⁾. Aún así, incluso en esos países más segregados, hay centros universitarios con algunos accesos a la red que son una puerta inmensa al mundo, como esos agujeros a través de los cuales en las películas fantásticas de los niños el protagonista se introduce en el mundo de la Magia, o en el de la Sabiduría.... No me preocupa excesivamente -ojo, pensando en términos a largo plazo, y con el optimismo kantiano que me caracteriza- esa manumisión pretecnológica con que muchos gobiernos y grupos de poder tienen sometidos a los pueblos. Pensemos que durante casi dos siglos el control de la imprenta cumplió un papel similar, pero al final explotó, y además como siempre -ya hemos hablado del papel de la publicidad en el desarrollo de Internet- por el punto más débil del sistema: el mercado. El propio Gutenberg no era precisamente un humanista interesado en difundir el conocimiento humano; era un orfebre, un tecnólogo de vanguardia -hoy restaría en Silicon Valley- buscando encontrar un producto que le hiciese rico. Los primeros impresores que abrieron sus imprentas a los libros revolucionarios de los siglos XVIII y XIX eran a menudo simples comerciantes a quienes se les ofrecía la posibilidad de introducirse en un sector

nuevo que demandaba nuevos productos. En una medida importante, los países ricos apoyan el desarrollo de los países pobres para expandir sus mercados; y el principal mercado en expansión ahora mismo es el de las telecomunicaciones, que además no cuestan tanto de transportar como los automóviles o los frigoríficos.

Es en este punto donde deberíamos volver a conectar con esas reflexiones que hemos hecho en torno al que podríamos llamar progresismo pazguato. Durante siglos, los Estados han construido carreteras, luego ferrocarriles, puertos, aeropuertos, tendidos telefónicos básicos, redes de transmisión de señales televisivas... Sin embargo, ahora, en el imperio de la des-regulación y el mini-estado, se está dejando la labor de construir las nuevas redes de comunicación a la iniciativa privada, con lo que se está perdiendo un tiempo precioso. Mientras en Japón y otros países de Asia se ha optado por construir directamente desde el Estado esas infraestructuras, lo que ha supuesto una enorme ventaja y accesibilidad para sus ciudadanos, paradójicamente los países más democráticos del planeta, los Estados Unidos de América y la Unión Europea, dejan de lado estas iniciativas, *"basándose en lo que está políticamente de moda -la des-regulación y el estado reducido a su mínima expresión-, pero no en lo que sería más prudente para el bien común y para la ciudadanía de cada nación"*⁽¹³⁾.

En cualquier caso, no podría afirmar ahora que Internet, en suma, vaya a ser una panacea, ni que vaya a ser la salvación de los pueblos desheredados del planeta, ni mucho menos. Pero, como antes lo han hecho los medios de comunicación de masas electrónicos, y antes la comunicación impresa, nos abre una nueva oportunidad, aún más expansiva, en la que lo colectivo y lo individual se dan además la mano como nunca ha sido posible. Voy a terminar con una cita quizás un poco sorprendente, porque además de ser de Ortega y Gasset es de un ensayo con un título tan estrambótico como *El origen deportivo del Estado*. Comentando los entonces nuevos descubrimientos sobre la evolución, a partir de los hallazgos de Mendel, escribía: *"No porque hace falta el ojo, llega este a formarse, sino al revés: porque aparece el ojo se le puede utilizar después como instrumento útil. De esta manera, el repertorio de hábitos útiles que cada especie posee se ha formado mediante selección y aprovechamiento de innumerables actos inútiles que por exuberancia vital ha ido ejecutando el ser viviente"*. Internet es sin duda el producto de uno de esos actos inútiles: un enredo más de inútiles individuos a quienes gusta jugar a la guerra y la destrucción: Sin embargo, puede convertirse en uno de esos instrumentos útiles que permiten un salto evolutivo en la sociedad.

En vuestras manos está en una medida importante, como educadores, que las gentes que organizarán el mañana, los niños de hoy, sean capaces de utilizar ese nuevo instrumento para bien.

NOTAS Y REFERENCIAS

1. Ponencia en las IX Jornadas de Educación en Valores, Asociación Pedagógica Escuela de Verano de Extremadura, Mérida, Noviembre 1998
2. Marshall McLuhan, 1968, *Guerra y paz en la aldea global*, Planeta-Agostini (1985), Barcelona
3. Ivan Illich, 1973, *La convivialité*, Seuil, Paris, p. 13

4. Pueden seguirse estos temas en <http://www.isoc.org>
5. <Http://www.malaysia.net>
6. Christopher R. Kedzie, *Democracy and Network Interconnectivity*, <http://isoc.org/HMP/PAPER/134/html/paper.htm>
7. Steven Clift, 1998, *Democracy is Online*, <http://www.e-democracy.org/do/article.htm>
8. European Commission, Directorate general V, 1996, *Green Paper. Living and working in the Information Society: people first*, <http://www.isp.cec.be/infosoc/legreg/docs/peopl1st.htm>
9. Manuel Castells, 1998, *La sociedad red*, Alianza, Madrid. Puede verse una larga entrevista en EN.RED.ANDO, <http://enredando.com/entrevista3.htm>
10. Marshall McLuhan, op.cit. pag. 39
11. Olu Oguibe, 1996, *Forsaken Geographies. Cyberspace and the New World 'Other'*, <http://english-www.hss.cmu.edu/internet/oguibe/>
12. Miguel Angel Gonzalez, <http://www.surnet.es/personal/mago/>
13. Michael Dertouzos, 1998, *What Will Be. How the new world of information will change our lives*. Puede obtenerse el primer capítulo del libro en la red: http://www.wired.com/books/whatwillbe_1.html